

Mateo 3:1-12

Adviento 2, 2001 Mateo 3:1-12 Himnos 1,422,2

En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado», pues este es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: «Voz del que clama en el desierto: “¡Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas!”». Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinto de cuero alrededor de su cintura, y su comida era langostas y miel silvestre. Acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados. Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: «¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: “A Abraham tenemos por padre”, porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego. Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará». (Mateo 3:1-12, RVR95)

Por siglos, Dios había mantenido a un remanente de su pueblo a la expectativa de la llegada de la salvación mesiánica con la actividad de profetas como Elías, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Hageo y Sacaías. Pero luego, siguieron 400 años de silencio. ¿El Señor olvidó su promesa? ¿Nunca vendrá el Salvador que Dios prometió tantas veces desde el huerto de Edén? ¿Cuánto tiempo tardará Dios en venir para ayudarnos? Éstas deben haber sido preguntas de muchos de los fieles en Israel durante esos largos años de espera.

Mas ahora el tiempo de espera se acercaba a su fin. La venida del Salvador para redimir a su pueblo era inminente. Era cuestión de meses o semanas, y el Salvador sería revelado para todo Israel. ¿Pero ya cuántos lo esperaban? ¿Quién estaba realmente listo? ¿Quién tenía la verdadera preparación para que la venida del Salvador para él resultara para bendición y no para juicio? Preguntas importantes. Preguntas que los que esperamos la segunda venida de nuestro Señor tenemos que contestar hoy también. Permitamos que el mensaje de Juan, con el que se interrumpieron los 400 años de silencio para el pueblo judío,

ayude a nosotros también a estar verdaderamente preparados para la llegada de nuestro Señor. Meditemos esta mañana en el tema: Hagamos caso al mensaje del Adviento: Arrepentíos. Veremos la necesidad del mensaje, lo urgente del mensaje, y lo decisivo del mensaje.

Venía el Mesías. ¿Pero su venida sería para bendición o para maldición? ¿Vendría a corazones preparados, o encontraría el camino de su gracia impedido por altos montes y valles profundos, que no le dejarían pasar? Cristo vendría. ¿Le recibiría su pueblo?

Para que hubiera un pueblo bien preparado, Dios envió a Juan el Bautista a predicar en el desierto de Judea, con vestidura y comida austera para subrayar lo solemne de su prédica. ¿Su mensaje? “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.” “Arrenpentíos”. El mensaje es sumamente necesario. Sólo si llega a una gente verdaderamente arrepentida podrá la venida del Señor lograr su verdadero propósito, la salvación de las almas.

“El reino de los cielos se ha acercado”, anunció el Bautista. Pero ¿qué quiere decir la Biblia con esa frase? El reino de los cielos o el reino de Dios no es otra cosa sino Dios mismo reinando en el corazón humano para darle al hombre todas las bendiciones de su salvación. Quiere decir que la llegada del Salvador tan largamente esperado ahora está inminente.

Sin embargo, el corazón humano no es un lugar donde Dios por naturaleza tiene el dominio. Por naturaleza y por voluntad, todos los hombres así como nacen tienen el camino bloqueado por inmensas montañas y profundos valles, los pecados y la impenitencia que no dejan que Jesús entre con su gracia y salvación. Por naturaleza todos somos lo que Juan en nuestro texto llamó a los fariseos y saduceos que salieron a donde él estaba bautizando, una generación de víboras, personas que en su ascendencia espiritual tienen su origen en nada menos que el padre de la mentira, el gran tentador, que en forma de la serpiente engañó a nuestros primeros padres y los pusieron bajo el dominio del pecado, de la muerte y del infierno.

Juan habló a esas personas en esos términos precisamente porque no reconocían su necesidad del mensaje. Pensaban que porque eran los líderes religiosos, no tenían necesidad de arrepentimiento, que eso era algo que tal vez los criminales o los que no estudiaban la Biblia necesitaban, pero no ellos, los líderes religiosos del pueblo. “Tenemos a Abraham por padre”, así era el lema que repetían en sus corazones.

Sin embargo, no existe un ser humano que no tiene urgente necesidad del arrepentimiento. “El alma que pecare, esa morirá.” ¿Y quien es la persona que peca? Todo el que rehúsa reconocer que esa descripción describe su caso ha puesto una barrera a la gracia y la salvación de Dios que no podrán atravesar. “Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mat. 9:13). El que se cree justo y sin necesidad de un Salvador del pecado no debe creer que Cristo ha venido para él mientras guarda esa actitud. Necesita arrepentirse, reconocer su pecado, rechazar y lamentarlo, y acudir a aquel que viene para traer salvación. Sólo entonces encontrará que el corazón está preparado para que Dios pueda reinar con su gracia allí.

Pero muchos se engañan, pensando que sólo recitar una fórmula de confesión es el arrepentimiento de que Juan habla aquí. Mientras tanto, siguen viviendo en sus pecados pensando que porque van a la iglesia los domingos y oyen al pastor anunciar el perdón de los pecados que todo está bien con ellos. Hermanos, si podemos vivir tranquilos con nuestros pecados, si no hay el verdadero propósito de enmendar nuestra vida pecaminosa, los altos montes y los valles profundos todavía están allí. Cristo no podrá pasar con su gracia. ¿Cómo está con nosotros? ¿Realmente tenemos la firme convicción de que hemos ofendido al Dios santo y que hemos merecido sólo su ira y su condenación? ¿Realmente queremos que Cristo nos libre no sólo de la culpa, sino también del poder del pecado, para que nuestras vidas realmente muestren los frutos dignos de arrepentimiento? Si es así, que Dios ha producido en nosotros una firme convicción de nuestra culpa y de la necesidad de perdón y de una vida nueva, el camino será bien preparado para que Cristo pueda entrar con su gracia y perdón. En donde faltan los verdaderos frutos del arrepentimiento, que ese mismo hecho nos impulse a reconocer nuestra urgente necesidad, y que nos lleve al verdadero arrepentimiento, para que Cristo pueda perdonarnos y en verdad reinar en nuestros corazones.

Pero el corazón humano es perverso, ¿quién lo entenderá? Precisamente cuando con su ley Dios nos hace conscientes del dominio del pecado en nuestra vida, cuando comenzamos a sentir realmente el horror del juicio de Dios, cuando nos damos cuenta de que merecemos las llamas del infierno, viene el pensamiento de que todo está perdido, que no hay esperanza. Nos parece imposible que la gracia de Dios pueda reinar en nuestro caso. Existe la tentación de desesperarse de la misericordia de Dios. Sin embargo, debemos reconocer en eso también una tentación de Satanás. El llamamiento al arrepentimiento porque el reino de los cielos se acerca viene precisamente porque Dios quiere allanar el camino y quiere llegar a los pecadores condenados con toda su gracia y

misericordia. El llamamiento al arrepentimiento es el llamamiento a la conversión; no sólo a reconocer el pecado, sino también creer que en Jesucristo tenemos a un Señor que perdona el pecado. ¿Qué ayudará que reconozcamos que somos pecadores y condenados, si rechazamos el mensaje de gracia del único que nos puede salvar y rescatar de esa condenación? Sin embargo, Cristo vino al mundo en la hora que Dios escogió precisamente para salvar a los pecadores, ofreciendo su perfecta vida en pago por los pecados de todos nosotros. El reino que Juan anunciaba como inminente es un reino de gracia para todo el que penitentemente reconoce su pecado y condenación, y así con fe se dirige a Jesucristo, el rey de este reino, confiando en su gracia y perdón. Este es el arrepentimiento de que habla Juan en nuestro texto, temblar ante el Dios santo a causa de nuestro pecado, pero luego acudir con fe a Cristo para recibir la gracia y el perdón.

Es necesario para todos, y para nosotros también, reconocer la necesidad del mensaje de Juan, pero también debemos darnos cuenta de la urgencia del arrepentimiento. Aun cuando el pecador oye de sus pecados y del juicio venidero, fácilmente puede engañarse pensando que tiene mucho tiempo por delante en que puede hacer caso del mensaje. Juan nos responde que no es así. Nos advierte que no dejemos para después lo que es sumamente urgente hoy. “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.”

El que no recibe a Cristo como Salvador cuando hay oportunidad, lo enfrentará como juez en el día final. Dios es un Dios de paciencia. Sin embargo, su paciencia tiene un límite. Posponer el arrepentimiento, pensando que habrá tiempo después, luego de haber pasado un buen tiempo en los “goces” del pecado, es menospreciar la gracia de Dios y perderla. La persona que piensa que puede dejar el arrepentimiento para después no debe sorprenderse cuando ya el hacha se aplique a su vida, se corte el árbol, y Dios lo rechace para siempre.

“He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Cor. 6:2), nos recuerda San Pablo. Sus palabras se basan en el Salmo 95, en donde Dios advierte a su pueblo: “Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestro corazón como en Meriba, Como en el día de Masah en el desierto, Donde me tentaron vuestros padres, Me probaron, y vieron mis obras. Cuarenta años estuve disgustado con la nación, Y dije: Pueblo es que divaga de corazón, Y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi furor Que no entrarían en mi reposo.” Es cosa terrible caer en manos del Dios vivo. Más vale acudir a Cristo ahora que puede ser hallado, ahora que todavía viene a nosotros con su gracia y perdón.

Por eso Juan advierte a los impenitentes a producir frutos dignos del arrepentimiento. Quiere que reconozcamos que si nos morimos en la impenitencia, iremos al infierno. Quiere que nos demos cuenta de nuestra pobreza absoluta espiritual, y que a menos que Cristo entre con su gracia, todo estará perdido eternamente. No dejemos para después lo que es preciso hoy. A nosotros también el mensaje viene con urgencia: Arrepentíos.

Y este mensaje es absolutamente decisivo. El destino de toda la nación judía y la salvación o perdición de cada alma individual dependía de qué hacían con ese mensaje de Juan. Les habló de aquel que venía después de él, en cuyas manos estaría el destino eterno de cada alma. “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.” A los que creían su mensaje, los bautizaba con un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados. Pero Cristo mismo les daba el Espíritu Santo para creer el mensaje de salvación por su venida y obra. Hubo multitudes que acudieron para escuchar su mensaje, y “eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados.” En ellos, el reconocimiento de su pecado, producto de la predicación de la ley, y su deseo de salvación en el Cristo que venía, el mensaje del evangelio que Juan proclamó, había preparado el camino para que Cristo entrara con toda su gracia y perdón. Para ellos el reino de gracia se convertiría pronto en el reino de gloria: “y recogerá su trigo en el granero”. Cristo mismo los reconocería como suyos, y los llevaría a su reino celestial en donde reinarán con él por los siglos de los siglos.

Pero los que rechazarían el mensaje de la venida de Cristo en gracia y con perdón enfrentarían sólo al juez airado. “Y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.” ¡Qué tragedia, cuando Jesús había venido sólo para su salvación! Su propia impenitencia habrá frustrado los planes de misericordia que Dios tuvo para con ellos. No habrá nadie a quien culpar más que a ellos mismos. “Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan” (Lucas 7:27)

Hermanos, que no sea en vano esta predicación de Adviento para nosotros. No seamos indiferentes cuando oigamos de nuestro pecado y la condenación que hemos merecido. No pensemos que nosotros mismos podamos sacarnos del fango de nuestra condenación. No pospongamos el arrepentimiento, pensando que nos queda bastante tiempo. No dejemos que la gracia de Cristo se nos predique en vano. Arrepintámonos de veras, dejando el pecado y la incredulidad para acudir a Jesús, el Salvador de los pecadores, que ya ha venido y ha llevado tus pecados y los míos a la cruz y pagado allí todo el castigo que

merecimos. Volvamos diariamente con verdadera penitencia a la promesa que Dios nos hizo en nuestro bautismo, de ser nuestro Dios y perdonarnos todo nuestro pecado por causa de Cristo. Dedicuémonos a producir diariamente los frutos del arrepentimiento, los frutos del amor que fluyen de una fe viva en aquel que nos rescató de nuestro pecado y condenación. Así estaremos verdaderamente preparados para saludar con gozo una vez más las grandes noticias del nacimiento de “un Salvador, que es Cristo el Señor”, y cuando venga el mismo Cristo otra vez, no será para escuchar su condenación, sino para que nos recoja en sus benditos graneros. Amén.